

HISTORIA DEL PARTIDO POPULAR DEMOCRÁTICO:
EL CUADRO SOCIAL PUERTORRIQUEÑO
ANTES DE 1940

por

Arturo Morales Carrión

4 de septiembre de 1959

Historia del Partido Popular Democrático:
El Cuadro Social Puertorriqueño antes de 1940

por

Arturo Morales Carrión

La Dirección de nuestro partido me ha honrado al pedirme que resuma ante ustedes el cuadro social e histórico del que surge ese gran instrumento de la democracia puertorriqueña que es el Partido Popular Democrático.

Entiendo que se me pide esta tarea por mi conocida afición a la historia. Con mirada, pues, de historiador, es que procedo a formular esta síntesis.

Hace alrededor de 10 años, cuando se gestaba el Estado Libre Asociado, como fórmula de solución a nuestro problema político, escribí un ensayo intitulado "Ojeada al Proceso Histórico". Mi principal trinchera, en aquel entonces, era la trinchera académica. Como profesor universitario dedicado a la historia me interesaba situar en una vasta perspectiva el formidable movimiento ideológico que encarna el Partido Popular.

Al releerlo ahora, encuentro que, a pesar de su brevedad e insuficiencia, hay en él un resumen acaso útil para este reexamen que emprendemos hoy. No están presentes en él, desde luego, todos los datos, ni siquiera los más significativos. Pero hallo en este estudio un esquema aprovechable y, si ustedes me lo permiten, voy a intentar

ahora una síntesis de aquella síntesis. Me complace en citar algunas palabras allí escritas, no por ninguna razón de autosuficiencia o arrogancia intelectual, sino porque allí anticipé la responsabilidad y la tarea que aguardaba al movimiento Popular Democrático. Han pasado ya diez años, y siento profundo orgullo en señalar como miembro de este gran partido, que su obra, no importa cuántas imperfecciones le señalemos, ha respondido al brío y a la emoción social con que surgió en la historia del país.

Esto escribía yo como profesor universitario en el 1949: "Los sesgos del experimento histórico que se inicia en el 1940 son imprevisibles. El sello de una fuerte personalidad se imprime aún sobre el presente puertorriqueño. Este es el momento de oro del muñocismo. Su influjo perdurable ha de depender de los impulsos que alienten de ahora en adelante la voluntad del país. Se trata, en esencia, de una obra de educación de toda la ciudadanía. Si la acción estatal cae en un paternalismo acomodaticio y rutinario, con una estructura hiperburocrática, perderá, a la vuelta de una generación, su vigencia histórica. Su rastro perdurable ha de depender de la medida en que mantenga en pie de guerra su emoción social, su brioso espíritu de invención e iniciativa y ese contacto fecundo con las densas capas populares del que brotó su originario impulso. Sólo si atiende a su misión superior, si cultiva su entronque vital con el pasado y su fidelidad a los valores del porvenir, podrá afincar sobre bases permanentes esta aptitud creadora que hoy distingue al pueblo puertorriqueño."

Quizás sería conveniente que comenzáramos este cuadro histórico

con una ojeada a la situación nuestra en los primeros años del siglo.

He aquí cómo la resumo:

Con la ocupación norteamericana, comienza una honda transformación en la vida puertorriqueña. Se entra entonces en un período confuso e inquieto, de densa problemática. Dos mundos, dos estilos de vida, se ponen en estrecho contacto. No es Puerto Rico un territorio en gran parte despoblado que invite a una rápida colonización, como Tejas, Oregón, o California. Del norte no vienen, pues, grandes contingentes pioneros a organizar la vida a imagen y semejanza de las prósperas regiones del litoral del Atlántico. Los recién llegados constituyen más bien un grupo mínimo, en el que se destaca la clase burocrática oficial. Pero esta minoría se caracteriza por una voluntad expansiva y dinámica que pretende realizar un "destino manifiesto", de orgullosa ascendencia sobre el sedentario pueblo criollo, que la recibe medio esperanzado y medio estupefacto. El hombre del Norte viene de una comunidad pujante e inestable que vive el ritmo acelerado de la Revolución Industrial y rinde culto mesiánico a una democracia individualista, en la que se subrayan los derechos del ciudadano y el espíritu de libre empresa. Su voluntarismo nacional se expresa en insaciable afán de dominar la naturaleza, mediante una progresiva tecnificación y una explotación sistemática y corporativa de su riqueza. La realidad física y la realidad social se ofrecen, no como fenómenos estables, sino como algo que incita a una continua y eficaz recreación humana. Es el mundo, en suma, de la energía y de la actividad que toca imperiosamente a la puerta de la comunidad puertorriqueña, que aún exhibe su acentuado agrarismo, su gran masa rural

de pacíficos braceros y su altiva burguesía provinciana, curtida ya en la lucha política.

La acción de la burocracia oficial y del inversionista norteamericano modifica profundamente el acaecer histórico puertorriqueño. En el plano político y cultural, son inevitables los conflictos con la minoría dirigente criolla que ambiciona el poder local y se siente defraudada ante la poca comprensión que muestra por la realidad política isleña el nuevo elemento dominador. La imposición del idioma inglés como lengua oficial crea una aguda crisis psicológica que ha de necesitar de largo tramo histórico para hallarle satisfactoria solución. En el orden económico, entra de lleno la Revolución Industrial en su fase agrícola. Se resuelven entonces algunos de los problemas multiseculares que aquejaban el desarrollo del azúcar: se provee el capital necesario para alentar su expansión; se instalan las maquinarias que requiere el ingenio moderno; y se abre al fin, sin traba contributiva, el rico mercado norteamericano. La polarización económica, a la vuelta de unos años, es completa. Puerto Rico pasa a vivir dentro de una amplia esfera económica, protegida por altas barreras arancelarias. Conviértese en un nuevo satélite dentro de la creciente órbita que traza el absorbente poderío industrial y político de los Estados Unidos.

Mas el hecho social decisivo, que preside sobre toda la realidad insular, es el extraordinario crecimiento demográfico. Al terminar el siglo XIX, Puerto Rico tiene ya 953,243 almas; en 1920, la población ha sobrepasado el millón y veinte años más tarde suma 1,869,255 habitantes.

La estructura poblacional cobra el contorno de una amplia pirámide cuya base se ensancha gradualmente a medida que decrece el índice de mortalidad infantil. El país ofrece fisonomía de pueblo joven, de desbordante colmena humana para cuyo sustento y actividad no parece bastar la escasa tierra. Esta presión demográfica sobre los recursos, este dinámico crecimiento genésico, matizan en los últimos lustros toda reflexión sobre el destino de la tierra y el hombre y explican en gran medida el sesgo ideológico contemporáneo y las peculiares relaciones que se establecen con los Estados Unidos.

Dos procesos conviene distinguir en el viraje súbito y decisivo que se opera en los rumbos históricos del país: la transformación del sistema de producción, que altera hondamente las condiciones materiales de la vida; y la lenta estructuración de un nuevo estado, con su trasfondo de luchas políticas y de agria polémica cultural.

En las postrimerías del siglo XIX, la montaña desempeña señero papel como elemento orientador de la vida puertorriqueña. En el campo político, un hijo de la montaña -- Luis Muñoz Rivera -- encauza la acción partidista hacia la descentralización gubernativa. En el aspecto económico, el café, planta del monte húmedo y exhuberante, aumenta extraordinariamente el valor de sus exportaciones. Mientras en 1880 este valor se equipara con el del azúcar, en 1897 logra triplicarse alcanzando en 1896 su más alta cifra. De la montaña vienen, pues, los impulsos determinantes que en política y economía plasman la fisonomía regional.

El siglo XX desplaza la actividad económica hacia el litoral. El cambio de soberanía, con el consiguiente ingreso de Puerto Rico dentro de la órbita arancelaria de los Estados Unidos, afecta adversamente la afluencia del café insular a los mercados extranjeros. Un violento huracán siembra en 1899 la desolación a lo largo del espinazo serrano. Se inicia entonces un proceso de depreciación rápida, de desquiciamiento social y económico de las tradicionales fuentes productivas. A medida que la montaña entra en crisis, en la costa se propaga el cañaveral y despunta en el llano el nuevo ingenio, símbolo del maquinismo contemporáneo. Por primera vez, se afirma plenamente en Puerto Rico el régimen de factoría azucarera, libre ya de las trabas que habían afectado su desenvolvimiento a lo largo del Siglo XIX.

El gran momento azucarero cubre las tres primeras décadas de la centuria. Adviértese entonces la creciente absorción de la pequeña propiedad territorial dentro del voraz latifundio. En 1899, sólo el 15 % de la superficie cultivable de la isla se destina al cultivo del azúcar; en 1930, la proporción asciende al 44% e incluye muchas de las más feraces tierras en el perímetro costero. Crece la producción de unas 72,000 toneladas en 1897 a más de 850,000 en 1930. En ese mismo año, las corporaciones azucareras controlan el 40% de la riqueza agrícola. Estas escuetas cifras cuentan la historia de la profunda transformación en el sistema productivo que convierte al azúcar en la espina dorsal de la vida económica del pueblo. Al lado de este producto, revisten secundaria importancia el tabaco y las frutas de exportación, cultivos que gozan también de las ventajas del mercado protegido de Norte América.

El entronque decisivo con la dinámica economía norteamericana a base primariamente del azúcar, no crea, sin embargo, una estabilidad social y económica que asegure un alto nivel de vida para la creciente población puertorriqueña. Bien es verdad que parte de la riqueza que produce el cultivo intenso y comercializado del azúcar y de los otros productos ofrece nuevas oportunidades de trabajo, aumenta señaladamente las rentas públicas y abre más fértiles campos a la actividad lucrativa profesional.

Las cifras del comercio resultan halagadoras si se las compara con las del comienzo de siglo. Se multiplica la banca. Se desarrolla la Universidad. Se afirma y populariza la instrucción pública.

Pero fuera de la órbita ciudadana, se va congregando un gran proletariado rural cuyo bajo jornal apenas satisface las exigencias mínimas de la subsistencia en el trópico. El trabajador promedio sólo halla empleo 4 días de la semana y su ingreso semanal suma escasamente tres dólares. Agrávase el problema social con las emigraciones procedentes de la zona cafetera que buscan en los llanos y en los arrabales de las ciudades refugio para su desamparo y trabajo para su brazo.

Cuando se inicia el grave decaimiento económico de los Estados Unidos hacia 1929 y ocurre una caída vertical en los precios, Puerto Rico va abocado hacia una crisis social y económica de primera magnitud. Al azote humano de una economía desquiciada, se añaden los azotes de la naturaleza; los grandes huracanes de 1928 y 1932.

Las exportaciones cuentan escuetamente la historia: de 9 millones en 1900, ascendemos a 107 en 1926. Pero en 1932, descendemos abruptamente a 75 millones y la cifra de 100 millones sólo la hemos de alcanzar una vez en todo el trecho histórico de 1928 a 1940. Nuestro ingreso neto per capita es de \$122 en 1929. Hacia 1932-33, estamos sólo de \$86 y sólo en 1939-40, volveremos a la cifra de diez años atrás. De una situación económica deplorable hemos pasado, pues, a una situación de extraordinaria gravedad.

Comienza entonces el decenio crítico (1930-1940): período de intensa insatisfacción colectiva, de turbulenta política y de angustioso análisis de los fundamentos psicológicos e históricos de un pueblo que parece flotar a la deriva, sin timón ni brújula.

La raíz de esa turbia era no reside tan sólo en la dislocación que se produce en la economía insular. Factores culturales y políticos ejercen fuerte influjo en la tensión social prevaleciente. Llega a su plena madurez la conciencia anticolonialista que endereza su implacable crítica contra la estructura del estado y las formas vigentes de la explotación económica. Detrás de esa activa corriente criticista, hay una masa popular menos articulada en su expresión, pero lista a participar, por derecho propio, en la determinación de su destino.

Cuando sobreviene el decaimiento de 1929, Puerto Rico no posee ni una sólida estructura económica ni una estabilidad política que le permita afrontar con decisión la gravedad de la hora. En las Cámaras, las coaliciones de ocasión son la orden del día, en las que interviene el partido Socialista que a cambio del goce de un poder efímero sacrifica buena parte de su ímpetu reformista inicial. Las figuras que ocupan el escenario político - Antonio R. Barceló, Rafael Martínez Nadal, entre otros - pertenecen a la vieja escuela. Son caudillos de palabra fácil e intención honrada, de profundo arraigo popular, pero sin un conocimiento cabal del medio político norteamericano ni la comprensión necesaria de las complejas cuestiones económicas e ideológicas que caracterizan el momento histórico.

Cobra para entonces la vida puertorriqueña una inusitada tensión. Hacia 1930, son ya visibles las injusticias sociales del régimen de plantación; la alta natalidad con la consiguiente presión demográfica sobre los recursos; el creciente desempleo; la confusión política y cultural que acentúase ante la indiferencia de la Metrópoli Norteamericana; y entre los grupos jóvenes, la agitación agraria, inconformista, radical.

Aflora para esos años una literatura de protesta y de autoanálisis. Se intenta descubrir los resortes de la personalidad puertorriqueña. Se interroga al pasado histórico con el fin de hallar un nuevo sentido de la realidad insular y procédese a una revisión del legado cultural hispánico. Este revisionismo encuentra acogedor ambiente en

el Ateneo y en la Universidad de Puerto Rico. La juventud ateneísta siente la atracción de las modernas corrientes del pensamiento hispanoamericano. Lee con avidez a José Vasconcelos y a los escritores anti-imperialistas y exhibe una afinidad esencial con los grupos jóvenes de la postguerra que a lo largo del continente se preguntan, angustiados e inconformes, sobre el sentido de su misión. En la Universidad, donde coinciden ideas y métodos procedentes del Norte con las posturas contemporáneas del mundo hispano-parlante, se forma una generación de intereses múltiples. Familiarízase esta generación con el proceso histórico de los Estados Unidos y con la crítica que a su civilización de laissez-faire formula el liberalismo social norteamericano. Se entusiasma con el movimiento renovador hispánico, cuyo mensaje trae una serie de ilustres profesores, de abolengo republicano y liberal. Y organizase en grupos y sociedades con una evidente intención de aunar la inquietud intelectual a la acción política para enfilarse con mayor amplitud y eficacia su crítica al régimen institucional vigente y a las formas híbridas y descoloridas de la cultura que cree advertir en el medio oficial.

A la vuelta de unos años, esta generación cuenta con dos libros rectores: el Prontuario Histórico del Dr. Tomás Blanco y el Insularismo de Antonio S. Pedreira. En ellos adquiere madurez reflexiva el criticismo revisionista. Desde la vertiente histórica se pretende explicar la desazón puertorriqueña. Por caminos diversos se arriba a la misma conclusión: Puerto Rico es un pueblo al que no se le permitió cuajar en

formas culturales propias. Con la amputación que trajo el nuevo Siglo, ha vivido una vida histórica ficticia. Tiempo es ya de que recobre la conciencia de su ser y proceda a crear un destino suyo, que responda a su peculiaridad. Pedreira pone su fe en la juventud; Blanco, con mirada más profunda de historiador y de sociólogo, propone al final de su libro un programa mínimo de acción colectiva que abarque, no solo la restauración de la conciencia cultural sino también la reforma económica y social que piden los tiempos nuevos.

Al lado de esta crítica revisionista que propugna un mayor aprecio por el pasado histórico, hay que colocar toda una literatura de estudio y reexamen de las realidades sociales y económicas, en gran medida de procedencia norteamericana. Juiciosas investigaciones como las de la Institución Brookings, Porto Rico and Its Problems, o libros de claro sesgo anti-imperialista como el de los profesores Baily y Justine Diffié, Porto Rico: A Broken Pledge, revelan la presencia en los Estados Unidos de una preocupación por los problemas puertorriqueños. Al calor de estas investigaciones, despunta en la isla un grupo de economistas, de formación norteamericana, que destacan las fallas del régimen desde una posición liberal, imbuída de doctrinas tecnócratas. Desde la poltrona de Instrucción, un criollo - José Padín - intenta devolver a la lengua vernácula el rango que le corresponde en la enseñanza popular.

La confluencia de estas corrientes y actitudes infunde calor y pasión a la vida intelectual y a la pugna política. Es un momento en que a la generación revisionista se le ofrecen dos caminos a seguir: o el de la protesta airada, violenta, con finalidades revolucionarias, o el de la acción intensa dentro de los partidos históricos, fiel a ese eficaz posibilismo político que habían ensayado los hombres del XIX y de la generación finisecular. El primer ademán lo recoge Pedro Albizu Campos; el segundo, Luis Muñoz Marín. Estos son los hombres del decenio crítico que anhelan encauzar la vida puertorriqueña por nuevos derroteros.

El albizuismo parte de la tradición separatista y la afila con los ingredientes del nacionalismo exacerbado de la época. Es anti-imperialista, antiyanqui y vehemente prohispanico. Ataca a la masonería y defiende con brío a la Iglesia Católica, más como arma de combate que por profunda convicción religiosa. Viste a su puñado de ardorosos jóvenes con camisas negras y les inculca una disciplina militar, no exenta de resabios fascistoides. El partido se convierte en el escudo de la patria. La organización interna del nacionalismo encumbra el dominio férreo de su presidente, quien no tolera disidencias. En su estructura, en su programa y en su vocabulario, cargado de injuriosos epítetos, revela ese movimiento afinidades evidentes con el turbulento nacionalismo europeo que produce la escuela contemporánea de ambiciosos dictadores. Coincide con el falangismo hispánico en su odio al

masón y en su exaltación de lo tradicional católico. Su oratoria de acento demagógico, su estudiado aire marcial, su intransigencia hacia toda forma de oposición política lo emparentan ideológicamente con el nazi-fascismo. Si el fuhrer germano convierte el Tratado de Versalles en blanco de sus resentimientos contra la Europa democrática, el caudillo criollo sostiene que el Tratado de París es nulo ab initio y que todas las instituciones del régimen son ilegales y sólo existen impuestas por la fuerza bruta. Como corolario lógico de esta doctrina, a partir de 1932 rechaza la concurrencia al proceso electoral y propugna la tésis revolucionaria como arma de acción política. El nacionalismo es, en suma, una expresión histórica, con modalidades criollas, de los gestos, teorías y proclividades del fascismo de la entreguerra.

Su estridencia verbal y su desenfrenada actividad propagandista no logran empero un empuje de pueblo. Sus adeptos proceden primariamente de las filas intelectuales y de las juventudes pueblerinas a las que acosa un porvenir sin altos estímulos ni valores superiores. Nace de una sensación general de frustración y desaliento en la baja clase media. Fuera de estos grupos exigüos, no cala el nacionalismo ni en el obrerismo organizado ni en el gran proletariado rural. Su dogmatismo revolucionario, su bélico lenguaje y su encono político apenas rebasan las lindes de los centros urbanos. El campo, por prudencia secular, lo mira indiferente y escéptico.

Muy distinta es la resonancia que despierta en la vida pública la intervención de Luis Muñoz Marín. Desde su primera juventud, este hijo de Muñoz Rivera recibe un legado político ilustre a cuya sombra hubiera podido medrar un talento más acomodaticio, una personalidad menos acusada. Su primer gesto mozo es, empero, de desafío y de rechazo. Rompe deliberadamente con la tradición heredada al unirse a las huestes socialistas de Iglesias cuando en el 1920 propagan su prédica social reformista. El inquieto joven demuestra que ha de trazarse su propia línea, a tono con las influencias formativas que predominan en su carácter. Sus años juveniles no transcurren en la montaña, ni procede, como el padre, del estrecho marco de la política municipal o provincial. Se forma más bien en el vasto mundo norteamericano y su generación es la que sigue a la primera guerra, generación insatisfecha, de un hondo idealismo social que se entusiasma con las revoluciones de Rusia y de México y sueña en un socialismo universal, humanitario y generoso. En el Greenwich Village de Nueva York, donde se dan cita hombres representativos de este momento ideológico, el despierto criollo se satura de ese popularismo norteamericano, de amplio horizonte vital, que ya había expresado con inolvidable acento la obra poética de Walt Whitman. A través de toda la accidentada peripecia ulterior, persiste como sedimento roquero de la personalidad pública de Muñoz Marín el humanitarismo cosmopolita de sus días de socialista romántico y la creencia rousseauiana

en la bondad ingénita del pueblo. El centro de gravedad de su vida afectiva radica en el sentimiento de compasión hacia la dura brega del humilde y del desvalido. Su vivencia determinante es la emoción de la justicia social y no la apasionada defensa del ideal abstracto de la nacionalidad.

Son estos impulsos psicológicos los que explican la intervención definitiva de Muñoz Marín en la política del decenio crítico. Pero conviene recordar que las fórmulas que ha de proponer no apuntan hacia una sociedad inasequible y utópica. Su idealismo se templea con un cabal aprecio del influjo de los factores económicos en la vida social. En una serie de editoriales que publica en La Democracia, el viejo órgano periodístico de su padre, demuestra ya hacia 1931 esta fusión de su emoción social con un pensamiento económico, racionalista y práctico.

Retoña entonces la tradición muñocista, modernizada y puesta al día. Pero aún le falta considerable trecho para esa madurez de acción que congregue al amparo de amplias fórmulas políticas y económicas las enormes muchedumbres eleccionarias. Tiene un primer momento, de 1931 a 1938, de tanteo y ensayo dentro del marco partidista tradicional. Dos direcciones capitales se observan en su crecimiento dinámico durante estos años: (1) la labor junto a las fuerzas liberales de la metrópoli en pro de un nuevo trato económico para la isla, muy a tono con el pensamiento renovador de la era rooseveltiana;

y (2) la franca inclinación hacia la independencia como solución definitiva del status político de Puerto Rico.

La primera dirección presupone gestiones persistentes en Wáshington en los días dramáticos del primer período presidencial de Franklin Delano Roosevelt. La segunda entraña un conflicto con la vieja guardia del Partido Liberal, partido que bajo Barceló había recogido las dispersas huestes unionistas.

El muñocismo de esta primera época, tras resonantes triunfos parciales, desemboca en una crisis de orientación que amenaza convertirle en un grupo minoritario, en el que predomine la ideología netamente separatista sobre el imperativo de acción económica y social. Su victoria en Wáshington al obtener un amplio programa de ayuda federal para la rehabilitación de la isla sella una alianza tácita entre el novotratismo de la metrópoli y el liberalismo insular. Pero dos circunstancias limitan esa victoria: el Partido Liberal no esgrime el poder parlamentario y la gobernación la ocupa un general retirado, Blanton Winship, cuyo estrecho conservadorismo es incapaz de entender el apremio reformista que impulsa a Muñoz.

La situación hace crisis cuando hay que adoptar posiciones frente al paréntesis de violencia política que abre Albizu Campos hacia 1936. Los nacionalistas, que apenas obtienen 10,000 sufragios para su líder en 1932, abandonan el proceso electoral como medio de llegar al poder y se entregan a una acción revolucionaria, en la que resultan

frecuentes las luchas periódicas con la policía. Esta turbulencia alcanza su punto culminante en el asesinato del Coronel de la Policía, Francis E. Riggs, por dos jóvenes fanáticos que a su vez caen víctimas de los agentes de orden público mientras se les detiene en el cuartel.

De ahí en adelante, Puerto Rico comienza a vivir una época de intensa reacción oficial y de agria lucha civil que desintegra las fuerzas reformistas. Muñoz pierde el favor de Wáshington al rehusar caer del lado de la reacción y en Puerto Rico se ve acosado por los elementos conservadores dentro del Partido Liberal que resienten su súbita ascendencia pública. Sobreviene entonces la crisis capital de su vida política. Incapaz por su temperamento democrático de seguir al fanatismo revolucionario de Albizu Campos, y decididamente hostil a la represión que se entroniza en el Palacio de Gobernación, Muñoz ensaya entonces un ademán intermedio y se proclama abiertamente en favor de un retraimiento electoral, como medio eficaz de resistencia pacífica que promueva la concesión de la independencia. Por escasísimo margen, pierde la batalla en el seno del Partido Liberal. Los personalismos y las hondas divisiones ideológicas que afloran en este partido le hacen perder las elecciones en 1936. Muñoz paga el precio de esta derrota al decretarse su expulsión en 1937.

Corren entonces días de aguda reacción política en la isla. El extremismo de Albizu no sólo perjudica la evolución de la tesis independentista, sino que confunde y dispersa a los grupos partidarios de

una reforma económica y social. La ayuda federal degenera en un intento burocrático, de escasos logros, sin el alentador respaldo popular que Muñoz había despertado en los primeros tiempos. Sobreviene en los centros urbanos un estado de fatiga psicológica, de desencanto y de desorientación. Muñoz que había sido por un momento la gran promesa, desaparece del escenario ciudadano. Su estrella se sume en un profundo eclipse, y sólo se ve en él al líder de una facción derrotada, a un bohemio de la política que despilfarró el tesoro de un nombre y de una ilustre tradición.

Pero en esos duros tiempos, el muñocismo logra su madurez interior. El muñocismo vuelve a la montaña, a la zona jíbara, de donde brotó su originario impulso. Es la reconciliación con un medio que había relegado a un segundo lugar, mientras buscaba el apoyo de Washington o la fuerza política del ambicioso profesionalismo urbano. Vuelve de la periferia al centro, a la zona nuclear de la vida puertorriqueña. Y allí descubre con la claridad que inspiran la pobreza circundante y la estóica paciencia del campesino, un derrotero más firme y seguro. Utiliza como resorte superior de acción política, la defensa apasionada e inteligente de un programa de reforma integral: aumentar las fuerzas productivas del país; rescatar la tierra de las manos del latifundio azucarero; distribuir equitativamente la riqueza mediante una revisión del sistema contributivo y un aumento en los jornales; ampliar con orientación socializante los servicios públicos del estado; y frente a la

cuestión del status político, gestionar la liquidación del régimen imperante pero dejar que el pueblo sea el que escoja libremente, a la postre, la fórmula de gobierno que más le plazca. El voto que pide no es ni para la estadidad ni para la independencia. Es un voto para luchar denodadamente en contra de la miseria colectiva, con un alto sentido de responsabilidad social.

Con un grupo de fieles amigos Muñoz funda el Partido Popular en 1938 y comienza a recorrer la sierra propagando en un lenguaje simple, sin afeites retóricos, el nuevo catecismo del pueblo. En cada barrio rural aparece la figura desaliñada del líder que explica, que arguye, que convence. Entre este peregrino y la masa campesina se crea un lazo hondo de comprensión, se opera un fenómeno de fe y de confianza mutua. La faena política se dignifica con este contacto directo y leal con un pueblo paciente y comprensivo, de recia vida interior.

El oscuro proceso escapa a la actividad política urbana en donde se da por liquidado al muñocismo. Persisten las pugnas personalistas, las coaliciones de ocasión, en una atmósfera en la que la remoción de Winship ha suavizado la aspereza reaccionaria. Se concurre a la lucha electoral en 1940 con la seguridad de que el voto en las urnas, secretamente depositado, ha de corresponder a los partidos históricos, con sus oligarquías ciudadanas. La jornada eleccionaria transcurre pacífica, con el bullicio acostumbrado de otros tiempos. Mas el despertar sacude

violentemente a la conciencia puertorriqueña. De los montes y alcores descende a los pueblos el voto jíbaro, confiado y sereno. Ese voto es plenamente de Muñoz. Es un voto de afirmación vital, que alienta y ordena. Desde el punto de vista numérico, no basta para crear una gran mayoría. En los órganos legislativos, Muñoz domina el Senado, pero no así la Cámara. Mas es tan inconfundible el mandato del pueblo que al día siguiente reconocen generosamente las demás agrupaciones partidistas el alcance y significación de la victoria moral que ha alcanzado el popularismo democrático, con su emblema del jíbaro puertorriqueño y su programa renovador.